

# El compañero desconocido

(diez recuerdos inventados)

Marcelo Birmajer



loqueleg







[www.loqueleo.santillana.com](http://www.loqueleo.santillana.com)

© 2005, MARCELO BIRMAJER  
© 2005, 2015, EDICIONES SANTILLANA S.A.  
© De esta edición:  
2016, EDICIONES SANTILLANA S.A.  
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4605-1  
Hecho el depósito que marca la ley 11.723  
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: enero de 2016

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA  
Ilustraciones: MARÍA ALCOBRE

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN  
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHURRILLAS Y JULIA ORTEGA

Birmajer, Marcelo

El compañero desconocido / Marcelo Birmajer ; ilustrado por María Alcobre. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2016.

104 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Azul)

ISBN 978-950-46-4605-1

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Alcobre, María , ilus. II. Título.

CDD A863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Esta primera edición de 1.000 ejemplares se terminó de imprimir en el mes de enero de 2016 en Altuna Impresores S.R.L., Doblás 1968, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, República Argentina.

# **El compañero desconocido**

**(diez recuerdos inventados)**

Marcelo Birmajer

Ilustraciones de María Alcobre

loqueleg



## EL COMPAÑERO DESCONOCIDO

**L**a primera vez que Lucio vio al compañero desconocido fue durante una prueba de Matemáticas, en séptimo grado.

Lucio no podía resolver un problema, y el compañero desconocido, un chico de su edad, con el pelo rubio parado como carpincho pero sin gel, y unos ojos celestes brillantes y fríos, apareció de pie a su lado. Delgado pero enérgico, de rostro anguloso. Lucio no lo había visto nunca, ni en el aula ni en la escuela, y descubrió que ni la maestra ni el resto de los chicos podían verlo.

El compañero desconocido le guiñó un ojo y escribió en la hoja, con la caligrafía de Lucio, los pasos de la ecuación y el resultado correcto. Luego, abrió la puerta del aula, salió y la cerró. Pero nadie, salvo Lucio, reparó en su presencia, ni en la puerta, que se había abierto y cerrado. Lucio entregó la hoja sin agregar un número ni una palabra, y a la semana siguiente supo que se había sacado un diez.



En los días que siguieron al suceso, Lucio no podía dejar de pensar en el compañero desconocido: de dónde había salido, por qué los demás no podían verlo, por qué lo había ayudado. No lo había vuelto a ver en el aula, ni en el patio, ni fuera de la escuela. Por algún motivo que no se podía explicar ni a sí mismo, Lucio guardó el encuentro como un secreto. No lo contó a sus padres ni a sus amigos. De noche, en su pieza —Lucio era hijo único—, trataba de encontrar una respuesta a aquel enigma, pero, igual que con la prueba de Matemáticas, no encontraba la solución. El compañero desconocido no volvió a aparecer en los cinco años posteriores y, desde sus trece años, Lucio comenzó a atribuirlo a su imaginación. Pero cuando Lucio cumplió diecisiete, el compañero desconocido reapareció.

Lucio estaba perdidamente enamorado de Rafaela, una compañera de clase en quinto año. No era la más linda del curso, pero sí la mujer que más le había gustado en su vida. No sabía cómo acercarse a ella ni cómo hablarle. Cada vez que la encontraba en el recreo, tartamudeaba. Y aunque Lucio era bastante bueno con las palabras, ninguna acudía a su mente cuando tenía a Rafaela al lado. Ahora las noches a solas en su pieza las pasaba pensando en cómo conquistarla, en cómo invitarla a salir o al menos confesarle su amor. El compañero

desconocido hizo su segunda aparición durante una hora de Geografía. En una hoja igual a la de cinco años atrás, en la carpeta de Lucio, con la misma caligrafía de Lucio, escribió una carta de amor para Rafaela. Lucio la leyó y encontró uno por uno las palabras y los sentimientos que había querido expresar a lo largo de aquel año. Cuando alzó los ojos para mirar al compañero desconocido, ya no estaba. Del mismo modo que había entregado la hoja a la maestra en séptimo grado, Lucio entregó esta carta a Rafaela. Sonó el timbre del recreo; Rafaela permaneció en el aula para leerla. Más tarde salió al patio, buscó a Lucio y le dio un beso en la mejilla.

La tarde del día posterior fueron al cine y por la noche se pusieron de novios. Lucio decidió que llamaría su “Ángel de la Guarda” al compañero desconocido y, aunque durante mucho tiempo no volvió a verlo, ya no se obsesionaba tratando de resolver el misterio: aquel adolescente —el compañero desconocido había crecido igual que Lucio— le había dado todo lo que quería, y no le importaba si era un Ángel o un producto de su imaginación.

Lucio se casó con Rafaela. Tuvieron dos hijos. Lucio trabajaba escribiéndoles los discursos a ministros y presidentes, y Rafaela era bióloga. Eran

una familia feliz. Pero durante una terrible crisis política, Lucio escribió un discurso que resultó desastroso. Lo leyó por televisión un ministro y la situación, que ya era caótica, empeoró aun más. El ministro le ordenó a Lucio que escribiera inmediatamente un discurso opuesto al anterior, y que en ese mismo discurso explicara el cambio de posición. Si no aplacaba los ánimos, podía olvidarse por el resto de su vida no sólo de volver a escribir un discurso, sino de encontrar otro trabajo en el país. Lucio pasó la noche en vela sin poder encontrar la solución. Entonces, convertido en todo un hombre, el compañero desconocido apareció en el *living* de su casa y, en una hoja de la misma marca que la de la prueba de Matemáticas y la carta a Rafaela, le escribió el nuevo discurso. Lucio ya ni siquiera se sorprendió cuando al alzar la vista descubrió que el compañero desconocido se había esfumado. Aquel discurso preservó su trabajo y el bienestar de su familia.

Cuando Lucio cumplió cincuenta años le ofrecieron ser el redactor de discursos de una de las más importantes organizaciones del mundo. Escribiría los discursos de los funcionarios que influenciaban los destinos de casi todos los países del planeta. Para aceptar el cargo, tuvo que vender la casa y mudarse con toda su familia al país sede de la organización.

A los pocos días de instalarse, le encargaron el primer discurso, y no lo pudo escribir. Ni una idea le venía a la cabeza: ni los conceptos ni el modo de expresarlos. Transcurrió en vela la noche, aferrado a la esperanza de que el compañero desconocido se hiciera presente en algún momento. Pero el compañero desconocido no aparecía; y cuando le reclamaron el discurso, Lucio sólo pudo contestar que estaba enfermo. Pasaron otros dos días y Lucio no daba señales de estar siquiera trabajando en el asunto. Suponiendo que el tema le era imposible, sus jefes le encargaron un discurso acerca de un tema distinto. Pero tampoco esta vez logró Lucio encontrar la inspiración. Al tercer intento fallido, lo despidieron de su nuevo trabajo. Lucio mantuvo la expectativa de ver llegar al compañero desconocido hasta un minuto antes de que le dijeran que debía marcharse. No pudo pagar la casa en el nuevo país, y tampoco volver a comprar una en su país de nacimiento, a donde regresó sin nada. Por suerte sus hijos consiguieron trabajo, y su esposa recuperó el antiguo, pero ya nunca volvieron a vivir como antes. El fracaso en el extranjero le cerró las puertas en su propio país. Se las arregló con trabajos menores y durante veinte años no logró reconciliarse con su nueva y mucho más modesta situación. Tampoco su amor con Rafaela mantuvo el brillo de hasta entonces.

Para su cumpleaños número setenta, Lucio era un hombre amargado y avejentado. Sus hijos se las arreglaban solos, y con su esposa mucho no hablaba. Decidió hacer un viaje sin compañía. No le alcanzaba el dinero para salir del país, de modo que se fue hasta una pensión en el Norte. Allí se tiró en una cama, en un cuarto húmedo y sin pintar. De pronto, una idea surcó su mente: escribir su historia desde la primera vez que había visto al compañero desconocido hasta ese mismo instante en el cuarto de la pensión. Se levantó, fue hasta la librería más cercana y compró un *block* de hojas, las mismas hojas en las que el compañero desconocido le había escrito el resultado, la carta a Rafaela y el triunfal segundo discurso para el ministro. Regresó con el *block* al cuarto, pero en cuanto abrió la puerta dispuesto a ponerse a escribir, encontró un anciano tendido en su cama: el compañero desconocido.

El intruso presentaba una apariencia mucho más saludable que la de Lucio; tenía las manos detrás de la nuca, el pelo de un blanco que parecía rubio, los ojos celestes y fríos. Le sonreía. Era la cuarta ocasión en la que se encontraban, pero por primera vez Lucio reparó en la extraña luz fría que emanaba de los ojos del compañero desconocido.

—Nunca hablamos —dijo Lucio—. Sólo tengo palabras de gratitud: me salvaste cuando estaba

en séptimo grado, por tus palabras pude casarme con la mujer de mi vida, y gracias a tu discurso llegué más lejos de lo que merecía. ¿Quién eres? ¿Mi Ángel de la Guarda?

El compañero desconocido dejó que su boca formara una larga sonrisa pero, en conjunto con la luz de los ojos y los rasgos angulosos del rostro, parecía una carcajada muda y siniestra.

—¿Cómo puedes pensar que soy un Ángel? —dijo el compañero desconocido—. Estoy jugando contigo desde hace más de cincuenta años, ¿y me llamas un Ángel? He venido a ver mi obra: tu fracaso, tu soledad. Y lo cierto es que nunca me había divertido tanto.

Lucio sonrió, y la sonrisa del compañero desconocido se apagó inmediatamente. Lucio dijo, sin dejar de sonreír:

—¿Quién iba a decir que, en mi vejez, por primera vez iba a poder resolver un enigma sin tu ayuda?

—¿De qué estás hablando? —replicó el compañero desconocido, ahora enojado.

—Sin quererlo, me has revelado la verdad. Hasta el día de hoy nunca había podido descubrir cuáles eran tus intenciones. Ahora lo sé, y puedo decidir qué hacer al respecto.

El compañero desconocido desapareció delante de los ojos de Lucio.

Entonces Lucio se sentó a la mesa y, como si lo hiciera por primera vez en su vida, comenzó a escribir su historia, tal cual le había sucedido. Al terminarla, tuvo la seguridad y la alegría de que nunca antes había escrito nada mejor.



## EL HOMBRE MÁS FUERTE DEL MUNDO

Cuando estaba en el colegio primario, no me gustaba cortarme el pelo.

Por el resto de mi vida, lo usé siempre corto, por mi propia decisión, pero entre los nueve y los doce años no podían hacerme nada peor que mandarme a la peluquería. De todos modos, hasta en el infierno debe haber con quien conversar, porque incluso en la odiada peluquería yo tenía un amigo, y como siempre me ha gustado escuchar historias, al menos la pasaba bien escuchando al peluquero mientras me esquilaba la cabeza. El amigo se llamaba Elías Wiseman, y era nada menos que el dueño de la peluquería y el encargado de mi corte. Tenía un único empleado, Atilio; pero si cuando yo llegaba a la peluquería Elías estaba ocupado, me quedaba leyendo una *D'artagnan* hasta que se desocupaba. Atilio nunca me tomó bronca por esta preferencia; por el contrario, me ofrecía las revistas nuevas, comentábamos la suerte de tal o cual personaje —porque también él



era fanático de *Nippur de Lagash* y *Jackaroe*— y me servía un vaso de agua helada. Incluso, en invierno, un té.

Elías es uno de los lectores más inteligentes que he conocido. Leía por puro placer y siempre tenía una reflexión inteligente o divertida para compartir. Nunca me contó una historia propia, ni vivida ni inventada. Nunca supe una palabra de su vida privada. No sé qué edad tenía, pero era mayor que mis padres. Su propio pelo era un armazón de color castaño, que nunca se modificaba. No encanecía, ni crecía ni lo cortaba. Por algún motivo, el verle el pelo siempre igual me daba más confianza en él como peluquero. Se ocupaba sólo del pelo de los demás. Lo mío no era muy difícil: yo llegaba a que me raparan, o bien por una epidemia de pediculosis en mi escuela o bien porque se acercaba el verano y mis padres consideraban que era lo más cómodo. Elías usaba la maquinita y el asunto se resolvía en un par de minutos; pero por más que hubiera clientes esperando, yo no me levantaba del sillón hasta que no terminara la historia del día.

Un viernes frío de agosto, a las seis y media, poco antes de que saliera la primera estrella, llegué a la peluquería de Elías especialmente consternado. Aunque tuve que esperar unos minutos a